

ma!... Le sobra de largo más de la mitad., "Esa frase es una monería; sólo temo que el público la tome por donde quema, la dé un sentido equívoco y feo y se nos solivianta., "¿Resistirá el público que le lleven á casa de la Peri?., "¡Ay, Dios mío! Los arrumacos de Augusta y Federico en el acto segundo no sé yo si pararán en bien., Estas frases no se las he oído decir á Emilio Mario, entre otras razones, porque no asisti á los primeros ensayos de *Realidad*; pero supongo que si no las dijo las pensó, y las indicaría suavemente, con toda la consideración debida á una persona de la talla de Galdós.— Y éste, habituado á la omnimoda y bizarra libertad de la novela, más de una vez debió maldecir el convencionalismo escénico y darse al diablo y aun repetir para su pañosa:

«¿Quién te metió á salinero,
Juanillo, siendo pastor?»

Al fin, sorteando bajíos donde el talento jamás naufraga; limando por aquí

y apretando por allá; buscando efectos y redondeando actos, quedó el drama ensayado y dispuesto para estrenarse el día 6 de Marzo (un martes por más señas).

II

La noche del estreno.— La segunda noche.— Actitud del público.

Andaba la curiosidad todo lo despierta que puede andar en España por un suceso meramente literario, y contra lo que algunos temían, el público no llevó á mal la subida de precios de las localidades en la primera noche. Componíase el lucidísimo concurso, no sólo de los *habitués* de los estrenos— literatos, críticos, dramaturgos, periodistas— sino de amigos particulares y admiradores de Galdós, entremezclados con indiferentes, á quienes conducía al teatro, ó una afición general, ó una comezón especial de ver el alboroto. Aunque sin alarmante insistencia, habían corrido voces de que era "natura-

lista, y "peligroso", el drama, y el olorci-
llo de la pólvora tiene sus aficionados.

Pasó el primer acto, con la tertulia de
Augusta y al final la rápida revelación de
su amorosa inteligencia con Federico, sin
conseguir sacar de su reserva y especta-
ción al auditorio. Levantóse la cortina
para el acto segundo, y apareció la mora-
da de la Peri, y la Peri donosa, desga-
rrada, chulesca; y el público se desentu-
meció, rió, y los que estudiábamos al pú-
blico recordamos una frase.

J'ai ri... Me voila desarmé.

Ni asomos de protesta cuando Federico
Viera acepta los fondos, producto de la
famosa pignoración de las joyas de su an-
tigua amante; y la misma tolerancia cuan-
do, después de la mutación, se advierte
que hemos salido de Scila para entrar en
Caribdis; que ya no estamos en casa de la
Peri, sino en el nido ó asilo donde se ven
la infiel esposa de Orozco y su desabrido
galán. Aplausos para algunas frases; aten-
ción é interés creciente, pero no fundido

aún del todo el hielo de la extrañeza, y
exacerbados al final del acto los senti-
mientos hostiles, que se manifestaban por
virulentas discusiones en los pasillos. Me
han asegurado que hubo quien se levantó
de la butaca antes de que el telón bajase,
pronunciando en alta voz cierto *gros mot*
que ni aun con perifrasis me atrevo á in-
dicar...

Pasó el escollo moral, y se llegó al es-
collo material de la obra, al tercer acto.
Así como en el segundo era de temer que
se alterase la bilis de los defensores de la
moralidad teatral, en el tercero podía el
público impacientarse al notar que la ac-
ción dramática, detenida por dos inciden-
tes que á primera vista no parecen de
gran interés, no avanzaba. La gracia y el
valor intrínseco de esos dos incidentes
(presentación de Clotilde, la hermana
de Federico Viera, y aparición del *co-
meta*, padre del mismo Federico) los hizo
llevar, no sólo en paciencia, sino con gos-
to y deleite; y al terminar ese tercer acto
tan temido, fué cuando se desbordó el en-

tusiasmo del público avezado á admirar á Galdós, y éste fué llamado á la escena repetidas veces, y aclamado calurosamente, y saludado con afecto reverencial.

En el acto cuarto siempre hubo confianza. Su factura movida y trágica, su molde conocido, casi familiar para los espectadores, que reconocían allí el drama tal como ellos acostumbran verle y entenderle, hicieron que desde el primer instante el público *entrarse* en la intención del autor, y obedeciese á su impulso, y sintiese y aplaudiese, no el pasado de Galdós, sino el valor propio de la hora presente.—Yo no juraré que haya sido tan unánime el efecto del acto quinto: indudablemente se aceptó como se aceptan los dogmas de la fe, con una especie de asentimiento más nacido de la voluntad que de la inteligencia. El público advertía que allí se encerraba algo muy grande, tal vez muy revolucionario, y rendía culto al Dios todavía ignoto.—Una deficiencia de *mise en scène* pudo haber comprometido gravemente el éxito del

final. Al aparecer la sombra de Federico Viera, que divisa Orozco en la puerta del billar, de los espectadores sólo una tercera parte la veía.—Y el monólogo de Orozco, sin la aparición de la sombra, perdía su efecto. No obstante, el público salvó este inconveniente, y terminóse el drama con entusiasta ovación. Aplaudían las señoras, de pié en los palcos; surgían de las butacas ardientes aclamaciones; en la cazuela ondeaban centenares de pañuelos... A la salida me encontré á un estudiantillo, lector asiduo de Galdós. "Llevo las manos como si me hubiesen puesto sinapismos," dijo, enseñándome sus coloradas palmas. Detrás de él venía una dama, sofocada y ronca. "No sé cómo tengo la garganta—exclamó.—¿A que el drama me cuesta una enfermedad?,"

Con todo esto, aún no estaba yo segura del éxito del drama ante el público. Porque la primera noche dominábamos los amigos del autor: y nadie subraye con maliciosa risita esta declaración noblemente espontánea, y sepan cuantos la le-

yeren que si hombre de carácter tan poco sociable como Galdós se ha granjeado un núcleo de amigos á prueba, es... por lo que es; porque la admiración al insigne artista se ha transformado en amistoso afecto. No aplaudíamos á Galdós porque somos sus amigos: somos sus amigos porque hemos tenido un día tras otro que aplaudirle. Y entonces—preguntará un curioso—¿por qué temía V. al público de la segunda noche? Los méritos que á Vds. se les impusieron convirtiéndose en amistad, influirían en el mismo sentido sobre ese público.—Con igual lisura declaro que ahora, reflexionándolo bien, atribuyo la aquiescencia del público de la segunda noche, en parte al valor propio de la obra y del autor, y en parte á lo que podemos llamar la velocidad adquirida. Nunca suele la segunda noche comprometer el éxito de la primera, ni casar la sentencia del tribunal escogido de los estrenos. La segunda noche se aplaudieron los mismos pasajes que en la anterior habían arrancado aclamaciones. Y ha pasado el pri-

mer turno, y muchas noches ya, y *Realidad* sigue representándose: y parece que, al revés de lo que con otros dramas sucede, no afloja la concurrencia, ni hay señales de que se piense en mover el cartel. No se crea, sin embargo, que *Realidad*, en la opinión de los espectadores, navega por una balsa de aceite. Cada espectador lleva en sí un crítico incipiente y un moralista en agraz: entidades terribles, sobre todo esta última. Yo tuve ocasión de oír un diálogo de moralistas, varón y hembra, que platicaban descuidadamente, sin presumir que nadie les oía. Era durante el segundo acto, cuyas primeras escenas repugnaban muchísimo á la señora. En su opinión, el autor podía haber sacado á la escena á la Peri..., siempre que la Peri hablase sin descoco, muy por lo fino, y siempre que ningún detalle revelase al espectador que nos encontrábamos en casa de una pájara tal. Los campanillazos del marqués y de *Ojivris* la sublevaron: ¿no valdría más que fuesen las *Hermanitas de los pobres* y el

jamonero, v. gr., quienes llamasen á la puerta de Leonorilla? Así nos quedaría la duda de si aquella prójima *era ó no era*, y hasta podrían las gentes timoratas figurarse que se trataba de alguna parienta lejana de Federico, que por filantropía sacaba de apuros al calaverón.

En cuanto al caballero, lo que le desatinaba era el segundo cuadro del acto. Vamos, que aquello... era el acabóse. Una mujer casada que tiene un amante; y que sobre tenerle le ve á solas; y sobre verle á solas le dedica frases de ternura y le habla de cerca, con cierta expansión... es lo inaudito en materia de inmoralidad. La sociedad y la familia no podrán resistir este golpe de piqueta, asestado contra sus mismos cimientos. Y el moralista añadía, parodiando sin saberlo la célebre frase del proceso contra Flaubert: "¡Ay de mí, si yo hubiese traído aquí á mis candorosas hijas!",

Las candorosas hijas de aquel padre estaban á los pocos días en el teatro Real viendo el estreno de *Edgar*, donde hay

cortesanas y orgías por todo lo alto. Y comentando la ópera nueva de Puccini, y comparándola á las anteriores, decían ellas que nada como el duo de *Los Hugonotes*, entre *Valentina*, la esposa infiel, y su amado Raúl; aquel duo que lleva el escalofrío de la pasión hasta la medula de los huesos. Otra de las niñas prefería la *Traviatta*, con sus eróticas languideces y sus poéticas redenciones por el amor; pero la tercera, vivarachilla y modernista en sus gustos, abogó por el *Mefistófeles* de *Boito*, con los retozos de Fausto y Margarita entre las flores, y los arrobos nupciales de Fausto y Elena en las *bodas clásicas*.—Abrazos y besuqueos no faltaban en todas estas óperas; pero, ¡qué diantre!, en italiano, que no es lo mismo.—El papá no las acompañaba aquella noche. Tenía varios quehaceres: propalar á primera hora, en el Casino, que á *Realidad* no podía asistir nadie que conservase un adarme de sentido moral y de vergüenza; que en el estreno las señoras, indignadas, se habían

levantado y protestado, retirándose del teatro; y que á este paso, dentro de poco no habrá hogar, ni costumbres, ni puchero doméstico, ni nada absolutamente (estilo Taboada.) A eso de las once nuestro moralista sale del Casino, y va... ¡Pero por Cristo, que no se entere Galdós!, va á echar un parrafillo con la Peri. Hasta cerca de la una no se acaba el Real, y aún tendrá tiempo de recoger, con el landó, á la señora y las niñas...

III

La crítica periodística de *Realidad*.

Me ha parecido curioso leer casi todos los periódicos que hablaron de *Realidad* antes ó después del estreno, y comprobar la disparidad de sus críticas. He de observar que la crítica de teatros, que al referirse á obras de poco fuste suele estar en completo desacuerdo con la crítica verbal del espectador, en obras como *Realidad*,

dad, que encrespan y remueven al público, no es más (á la crítica escrita sigo refiriéndome) que eco fiel de esas opiniones contradictorias, tan enérgicamente expresadas durante los entreactos, en pasillos, antepalcos, saloncillo y cuartos de los actores. Lo que ha decir al otro día la prensa, ya zumba en la atmósfera del teatro la noche del estreno, y puede inferirse de las caras dilatadas ó contraídas, de las miradas gozosas ó fieras, de las voces, de las exclamaciones, hasta del movimiento nervioso con que un periodista se cala la chistera ó empuña el bastón. Las perifrasis del día siguiente son cendal indiscreto que transparenta la nuda idea formulada la víspera con pintoresca crudeza de lenguaje. ¡Venturosos los autores que consiguen desencadenar borrascas, arrancando de su dormilona indiferencia al público, y de su complaciente escepticismo á los que dan forma escrita á la opinión!

Los críticos se han dividido en dos bandos: ditirámicos, que volcaron el saco de las hipérboles, y examinadores, que die-